

II PROFETA APASIONADO POR DIOS Y POR EL PUEBLO

Los hechos y los sucesos en la familia Claret, en Sallent, Barcelona y Vic, han constituido el marco adecuado para comprender la crisis, la conversión y el cambio radical en la vida de Antonio Claret.

Si queremos medir ahora la grandeza del apóstol catalán, mosén Antonio Claret, hemos de situar su vida pública en el contexto político, social y eclesiástico que le tocó vivir.

Hemos dejado a Claret dispuesto a "hacer frente a los males del país". ¿Qué males? ¿Qué ocurría en Europa en la primera mitad del siglo XIX?

La vida de Claret transcurrió entre 1807 y 1870. Esto supone situarlo en una de las encrucijadas más complejas de la historia de Europa, de Cataluña, con su "renaixença" cultural y social, y de España, zarandeada violentamente a derecha y a izquierda.

1. UNA ÉPOCA DE REVOLUCIONES

El año 1776 fue el de la independencia de los Estados Unidos de América y el de la Declaración de los Derechos de Fila-

delfia. Poco después (1789), y en la misma corriente liberal, la Revolución Francesa fijaba tres grandes hitos: libertad, igualdad y fraternidad.

Comenzaba a resquebrajarse de arriba abajo el antiguo orden social. Se hundía un mundo que envejecía y se consolidaba uno nuevo: la modernidad.

La división estática de clases, el feudalismo, las monarquías, la aristocracia y la alta clerecía desaparecían o perdían fuerza, aunque no sin ofrecer fuerte resistencia. Aparecían nuevas formas de vida social: la *burguesía*, la *ilustración*, la *secularización*. No muchos años después nacería, como consecuencia, oposición y enfrentamiento con la burguesía, la *clase obrera*.

La pasión por las libertades, la ciencia, la técnica y el capital iban arrinconando los viejos dogmas religiosos, morales y sociales. Dios era sustituido por el hombre, la fe por las evidencias científicas, la revelación por la razón y la teología por la ciencia. El humanismo renacentista conduciría a una religión natural al margen de la religión revelada en la Biblia. La Reforma protestante llevaría al subjetivismo teológico, bíblico y espiritual, sin contar con la tradición, la enseñanza y el magisterio de la Iglesia Católica. La Ilustración terminaría en deísmo, es decir, en la comprensión de Dios por la razón, al margen de la fe. El racionalismo de la Ilustración traería como consecuencia la negación de la metafísica, el escepticismo y la duda sistemática de cuanto trasciende lo empírico y experimental. El relativismo desembocaría en la imposibilidad de descansar sobre la verdad religiosa sólida. Todo atentaba contra la raíz misma de la fe y de la Iglesia. Este era el mundo nuevo, adolescente, rebelde, antiautoritario, que rompía progresiva y radicalmente con la Iglesia. Este era, en definitiva, el contexto histórico, verdaderamente complejo y lleno de tensiones, con el que Antonio Claret se encontraría muy pronto.

El pueblo sencillo, es cierto, vivía al margen de las grandes corrientes filosóficas y continuaba en gran medida la vida religiosa aprendida. Pero no tardaría en respirar las nuevas tendencias del pensamiento antirreligioso.

Si es cierto que al famoso "trienio del terror" de la Revolución Francesa en París (1789-1792) siguió la paz civil con la vuelta del rey, los principios de un nuevo orden social —libertad, igualdad, fraternidad— habían sido sembrados en tierras francesas, las fecundarían y pronto crecerían en Francia y allende sus fronteras.

Esto fue sólo el comienzo. Después vino Napoleón y llegaron las luchas por el poder político contra el poder eclesiástico y contra las riquezas de la Iglesia. Napoleón se enfrentó violentamente con la Iglesia de Francia y la dismanteló. Otro tanto haría más tarde con la Iglesia en Italia, con el Vaticano y con el Papa Pío VII, a quien condujo al exilio. Napoleón no se detuvo; el emperador francés se enfrentó también con España y con la Iglesia española durante las guerras napoleónicas que azotaron a la península y, de forma especialmente cruel, a Cataluña (1808-1813).

2. ESPAÑA (1800-1850)

Las nuevas ideas liberales se extendieron rápidamente. En 1812 se aprobó en Cádiz la Constitución de carácter liberal. Buena parte del pueblo español aspiraba a autogobernarse. Pero la realidad no fue tan simple ni tan pacífica. El pueblo se dividió, por una parte, entre absolutistas, monárquicos, católicos y contrarios a la nueva constitución; y, por otra, entre liberales, renovadores y de cuño más o menos anticlerical. Pasados los dos primeros años (1812-1814) de gobierno libe-

ral, volvió el absolutismo con Fernando VII, exiliado en Francia (1814). Y a los cinco años de absolutismo borbónico (1814-1819), favorable a la Iglesia, siguió el trienio liberal (1820-1823), durante el cual se abolieron las leyes, disposiciones y concesiones dictadas por el Rey a favor de la Iglesia y de las órdenes religiosas. Estas últimas fueron víctimas de desprestigio y de actos satíricos en la prensa liberal hasta la obscenidad. Se dictó la confiscación de los bienes de los religiosos y de las religiosas y el cierre de todas las comunidades con menos de doce personas, si había más de una en cada población. Durante el trienio liberal el número de religiosos descendió de 33.546 en 1820 a 26.303 en 1823.

Muerto Fernando VII (1833), se agudizó la división del país. Carlos, su hermano, encabezó el carlismo tradicionalista. Su hija, la infanta Isabel, durante la regencia de su madre, María Cristina, fue la cabeza del brote liberal. De las ideas se pasó al campo de batalla; hubo tres guerras carlistas. En Cataluña, las dos tendencias dividieron el país, sometido a violencia, guerra, destrucción y muerte.

Poco después del discurso conciliador de María Cristina en su toma de posesión del poder, el humo de algunos conventos quemados subía al cielo en Madrid y en Barcelona; y los disparos de fusil contra frailes y monjas zumbaron en las calles.

Las medidas contra la Iglesia del nuevo primer ministro, Martínez de la Rosa, del 15 de marzo de 1834 al 7 de junio de 1835, perseguían la usurpación de los bienes de la Iglesia y de las órdenes religiosas. Se confiscaron los bienes de los eclesiásticos y de las comunidades de religiosos que se habían pasado al carlismo, y se estableció la obligación del servicio militar para los novicios.

En 1834 se creó la *Junta Real y Eclesiástica* compuesta por 10 obispos y tres funcionarios del Gobierno, heles al liberalismo y a la causa de Isabel II: eran los *Junteros*.

La situación se agravó más tarde en el gobierno de Juan Álvarez Mendizábal —14 de noviembre de 1835— con la expulsión de los jesuitas y la confiscación de sus bienes. El gobierno liberal terminó suprimiendo los conventos de España y haciendo efectiva la apropiación y venta de sus bienes.

La exclaustación afectó a 23.935 religiosos, forzados a abandonar los conventos y a buscar nuevas formas de vida. La obra de Mendizábal finalizó con un balance elocuente: de los 52.000 religiosos en conventos españoles a principios del siglo XVIII quedaban en ellos sólo 750 en 1848.

Todo esto tuvo efectos desastrosos en la vida de la Iglesia catalana y española: obispos expulsados, diócesis vacantes durante muchos años, sacerdotes secularizados, afiliados otros a las luchas liberales o carlistas, deshechas las comunidades religiosas, supresión del servicio religioso en iglesias y conventos, penalidades bélicas, violencia como forma de vida, odios irreconciliables entre partidarios de una u otra facción, tensión, histerias y otras enfermedades, fruto de un ambiente de inseguridad. La muerte estaba presente por doquier. Unos y otros acusaban de politicismo a los eclesiásticos, que eran mal vistos; y se enfriaba la práctica religiosa del pueblo, arrastrado más por las circunstancias que por la descristianización.

Ésta era la situación de la Iglesia, que expiaba, dolorosamente por cierto, pecados históricos, fruto de la época y de la escasa sensibilidad evangélica de algunos clérigos en tiempos lejanos: la excesiva acumulación de riquezas, a pesar de que la Iglesia las empleara, en buena medida, al servicio de pobres, ignorantes y abandonados del país, en obras e iniciativas de caridad, beneficencia y educación; y la intromisión no sólo ideológica y partidista, sino efectiva, fusil en mano, de algunos clérigos y religiosos, principalmente en la lucha contra las fuerzas liberales.

A esta situación de desmoronamiento político, moral y religioso era a la que el joven misionero Claret había de enfren-

tarse. Conocía perfectamente la situación; de aquí que él y sus superiores eclesiásticos de Vic tuvieran tanto cuidado en enviarle a predicar.

Claret se enfrentó a esta situación, con su peculiar manera de proceder: ser y actuar como misionero apostólico, a imitación de Cristo y de los Apóstoles. Lógicamente estas excepcionales circunstancias le producían grandes preocupaciones, fatigas y sinsabores. Pero no le faltaron ni la fuerza ni la sabiduría del Espíritu de Jesús.

3. CAMPAÑAS APOSTÓLICAS POR TODA CATALUÑA

Hemos descrito los rasgos sociales, políticos y eclesiásticos de un país trastornado y atizado en todas partes por la violencia, el atropellamiento jurídico y el desmoronamiento de la organización social y eclesial. Es justamente en esos tiempos tan complejos y delicados, cuando el misionero popular, mosén Claret, comienza sus campañas apostólicas en Cataluña y Canarias (1840-1849).

3.1. *Primera campaña (1840-1844)*

Después de predicar el 15 de agosto de 1840 en Viladrau, lo hizo en los pueblos vecinos de Espinelves y Seva. Ya entonces comenzó a sentirse la fuerza de su predicación y tomó el nombre de misionero. En noviembre realizó una "predicación de ánimas" en Igualada y en Santa Coloma de Queralt. Entre tanto, va y viene de Viladrau, aún en calidad de párroco en funciones. Se aficionó al conocimiento de las hierbas medicinales del macizo del Montseny y se las recetaba a pacientes que se

curaban de enfermedades somáticas y psíquicas, causadas por los malos tiempos que corrían. Se extendió entonces la fama de que Claret curaba. Pero al ver que la parroquia y las curaciones eran un estorbo para predicar, Mn. Claret pidió al Vicario Capitular de Vic, Casadevall, que le librase del cargo parroquial. Salió de Viladrau el 23 de enero de 1841 y se instaló en Vic. Contaba 33 años. El 9 de julio del mismo año recibió de la Santa Sede el apreciado título —para él era más que un honor— de Misionero Apostólico, por el que se le reconocía como tal y era aceptada su forma de vida misionera, para ir de pueblo en pueblo, a la vez que se le concedían algunas facultades, especialmente en la administración del sacramento de la penitencia.

En 1841, Claret tenía que predicar la Cuaresma en la catedral de Vic, pero no pudo hacerlo por prohibición del Gobernador de Barcelona, pues el nombre y el eco de Claret habían llegado ya a esta ciudad. Se le prohibió predicar en la diócesis de Vic por una simple razón: poco antes, la regente María Cristina hubo de partir al exilio, y fue sustituida, como nuevo regente, por el general Espartero, liberal radical, cuyas decisiones contra la Iglesia eran sobradamente conocidas. Una de ellas fue la prohibición de confesar y predicar a todo el clero que careciera del "visto bueno" de la autoridad civil. En el fondo, aparte del atropellamiento jurídico, el poder político tenía cierta justificación, porque años antes algunos predicadores populares habían hecho campaña antiliberal. En el fondo tenían miedo y desconfiaban del poder de los predicadores y misioneros; por tanto, también de Claret. El gobernador de Barcelona ordenó al alcalde de Vic que prohibiese predicar a Claret, prohibición extensible también a poblaciones de otras provincias del Principado.

En circunstancias tan anormales, los responsables del obispado de Vic, sobre todo Casadevall y el vicerrector del Seminario, D. Jaime Soler, aconsejaron a Claret que se retirara al pueblecito de Pruit hasta después de la Pascua de Pentecostés

de 1841. El novel misionero dedicó su tiempo a la plegaria, al estudio y a una penitencia especial. Después, predicó una misión en Vidrá y en Ribes de Freser, bajo el nombre de novena de Nuestra Señora del Carmen.

Desde el otoño de 1841 hasta la primavera del año siguiente predicó en las comarcas de Girona y de Barcelona, con el temor de ser suspendido en cualquier momento. El nuevo misionero creaba, aunque involuntariamente, problemas a las autoridades civiles y a las eclesiásticas. Una nueva disposición del obispado le invitó a retirarse en San Juan d'Oló, no lejos de Sallent. Antonio aprovechó este tiempo para reflexionar sobre la situación. Le dolía el sectarismo de los políticos anticlericales y le daba pena el mal servicio que algunos predicadores, defensores del Antiguo Régimen de monarcas y aristócratas, hacían a la causa divina. Si, por un lado, se le obligaba a frenar su pasión profética por la palabra de Dios, no dejaba, por otro, de hablar ya con algún consejero de Vic sobre la necesidad de "formar a algunos sacerdotes para la predicación misionera".

Fiel a su virtud de la pobreza como valor apostólico, Claret narra con gran simplicidad algunas cosas que le ocurrieron en este tiempo.

"Una vez iba de Igualada a Barcelona y a las doce del mediodía pasaba frente al mesón de Molins de Rei; un pobre se apiadó de mí, me hizo entrar en el mesón y pagó por mí un plato de alubias que le costaron cuatro cuartos, con que comí muy bien y llegué perfectamente a Barcelona aquella misma tarde" (Aut., n. 366).

En pleno verano —julio de 1843— predicó ejercicios espirituales ignacianos a un grupo de sacerdotes encabezado por el canónigo de Vic, D. Jaime Soler. Más tarde, como siempre a pie, pasó por Sant Quirze de Besora; allí fue invitado por la señora del hostel a comer. El joven misionero se excusó, porque

no tenía dinero para pagar. ¿Quién habla de dinero, mosén? Entre, que aquí también somos cristianos.

Predicó después en Montesquiú y en algunas poblaciones de la comarca de Granollers. Acabado el verano, pasó por Sallent y predicó en Manresa. En los últimos días de octubre se encontró en Taradell con una posesa venida de la Molsosa, cerca de Calaf. En diciembre predicó en Calldetenes y en Roda. La concurrencia fue numerosísima, según escribía el párroco Francisco de Asís Aguilar, primer biógrafo del misionero Claret, numerosísima. El mismo Aguilar, seminarista entonces, escribió: "Los caminos hacia Roda estaban llenos de gente que iba, como nosotros e incluso con mayor devoción, a escuchar al predicador, dejando desiertos los pueblos de las comarcas y las masías de alrededor. La iglesia del pueblo, bastante capaz, estaba repleta, y llena también la plaza".

En enero de 1844 predicó en Ripoll. Se tomó después unos breves días de descanso en Olost con su hermano. El 18 de enero predicó ya en Manresa, hasta el 8 de abril. Viajó a Barcelona, donde predicó, en mayo de 1844, ejercicios espirituales y 36 sermones durante el mes de María en la gran basílica de Santa María del Mar. Su biógrafo Aguilar comentó: "A pesar de la gran capacidad de este templo, todos los días estaba a rebosar de fieles, incómodos por la gran concurrencia y porque tenían que esperar una, dos o más horas antes del sermón para escuchar la palabra divina. Y en un marco incomparable, como Santa María del Mar, la voz vigorosa de Claret, mientras golpeaba las bellas arcadas góticas, llegaba a los corazones faltos de reconciliación".

3.2. Segunda campaña (1844-1845)

El misionero catalán comenzó su predicación en Olot, donde conoció al rector de la parroquia de San Esteban, D. Joa-

quim Masmitjá, futuro fundador de las religiosas Misioneras del Corazón de María. Bajó a las comarcas del Vallès y del Maresme y misionó en Granollers, Monistrol, Masnou, Teiá, Arenys de Mar, Calella, terminando su intensa campaña en Mataré, ciudad altamente industrializada. El final de esta campaña misionera tuvo lugar en Vilanova i la Geltrú en mayo de 1845.

3.3. Tercera campaña (1845-1846)

Fue la más dura y extensa. La inició en septiembre de 1845. Comenzó por predicar la misión al pueblo de La Pobla de Lillet y ejercicios espirituales al clero; predicó después en Bagá, en Morunys y en Solsona. Esta ciudad, sometida a graves rivalidades políticas que hacían difícil la vida ciudadana, sufrió la emigración de una buena parte de sus habitantes, pasando de 12.000 habitantes a 2.300. La jornada del misionero en Solsona fue ésta: cuatro horas de confesionario por la mañana; de diez a once, ejercicios a monjas; de once a doce, ejercicios a los clérigos, a quienes volvía a predicar por la tarde; y confesaba de nuevo hasta el anochecer. Esta misión de Solsona no pasó inadvertida a las autoridades políticas; una predicación a los clérigos y en lugar cerrado, puso sobre aviso a la comandancia militar de Barcelona, que pidió informes a la guardia civil y al alcalde sobre qué hacía encerrado en una iglesia con tanto sacerdote el misionero llamado Claret. Tanto uno como otro dieron informes excelentes sobre él. La misión continuó, trasladándose luego a Anglesola; desde aquí pasó al otro lado de Cataluña: Girona. A finales de noviembre de 1845 misionó en Banyoles, desde donde viajó a Figueres, capital del Ampurdán, predicando allí los últimos días del año.

A primeros de 1846 pasó a Girona y Barcelona, para llegar a Tarragona, donde hizo una de las campañas más brillantes

y fecundas. Predicó en Valls hasta primeros de febrero y desde aquí, a pie durante cuatro horas, se dirigió a la ciudad romana de Tarragona. La misión duró unos 18 días. Una vez comenzada, inició también los ejercicios espirituales a los sacerdotes en la catedral, a los que asistieron el arzobispo, Antonio de Etxanobe, y todo el capítulo de canónigos.

Conoció allí al canónigo Caixal con quien pondría en marcha diversas iniciativas pastorales de amplio alcance. Terminada la misión, Claret visitó pastoralmente algunas poblaciones de la comarca.

Durante el mes de mayo y la primera quincena de junio, mosén Claret misionó la ciudad de Lérida, donde se le comenzó a llamar P. Claret. Por la mañana predicaba en la catedral y por la tarde en la iglesia del Rosario. Dirigió al mismo tiempo ejercicios a las monjas de la ciudad. Allí conoció a la joven Esperanza González, fundadora más tarde de la Congregación de las Esclavas del Corazón de María. Terminada esta etapa tan cargada, se retiró a descansar en Vic.

Conviene imaginar, por un momento, la cantidad de kilómetros recorridos por el misionero catalán a pie, sometido a todas las inclemencias meteorológicas durante el año; los miles de personas que le oyeron impresionadas, los miles de penitentes que guardaban cola horas y horas ante su confesionario del que salían aliviados, gozosos y renovados; las largas y duras jornadas del misionero, que comenzaban a las cuatro de la madrugada, según testimonios, y acababan de noche; la gran cantidad de sermones a viva voz, en espacios amplios, llenos a rebosar e impregnados siempre de fervor y entusiasmo apostólico. Hay que imaginar, tras el paso del gran apóstol catalán, la estela luminosa de poblaciones catalanas, de hombres y mujeres, espiritualmente movidos por el espíritu de Dios y por la encendida palabra del gran misionero Claret. Nos vienen a la memoria las palabras del profeta Isaías:

"Sube a un alto monte, mensajero de buenas nuevas de Sión; alza con fuerza tu voz, mensajero de buenas nuevas de Jerusalén. Alzala, no temas; di a las ciudades de Judá: He aquí a vuestro Dios. He aquí al Señor... que viene con fortaleza, y su brazo dominará a favor suyo..." (Isaías 40, 9-10).

3.4. Cuarta y última campaña misionera (1846-1847)

Sigamos la marcha apostólica del P. Claret en Cataluña. En septiembre de 1846 volvió a Tarragona y se encontró de nuevo con el canónigo Caixal para discutir algunos proyectos apostólicos. Recorrió diversas poblaciones de la archidiócesis, donde tropezó con dificultades y enemigos, que buscaban batalla. Lo hemos dicho ya: no todo fue fácil en la vida de los profetas. Tampoco lo fue para el misionero Claret, porque hacía tiempo que algunos descontentos y violentos trabajaban activamente contra él. Hasta corrieron falacias de mal gusto. En la campaña anterior, el misionero había advertido ya que algunos exaltados anticlericales querían matarle. Se conserva una proclama escrita a mano en la que se injuriaba al predicador. Una de éstas va dirigida a los vecinos de la ciudad de Valls, en estos términos:

Habitantes de Valls: no escuchéis por más tiempo la voz de este hipócrita charlatán que procura a diario inculcaros ignorancia: sabed que lo que no ha podido lograr durante siete años con el sable en mano, quiere ahora conseguirlo con el santo Cristo: sabed que Claret es un emisario del enemigo mortal de la civilización (el Papa) enviado para, si es posible, hacer que España regrese a 30 años atrás. Evitad que pueda de nuevo prosperar su infamia: sabed que vendrá el día en el que, así como ahora nos invita con falsas palabras a seguir sus doctrinas, os dirá que le sigáis en la defensa de la religión

que os predica y os invitará para que le sigáis en defensa de la ignorancia sin la que no puede medrar. Echad una mirada a las naciones más civilizadas y veréis que allí no hay misiones, ni frailes, porque la civilización no soporta a los vagos; la verdadera religión es la honradez y la hombría de bien.

El autor anónimo añadía la información sobre un robo de Claret a la cabeza de un grupo de bandidos carlistas; y que el 20 de enero de 1846 había intentado violentar a una mujer casada; y proponía esta plegaria: "Virgen de Hospitalet, líbranos de mosén Claret; castiga, Señor, a este bribón".

En cambio, en el archivo capitular de Tarragona se conserva un libro con unas páginas dedicadas a las gestas del misionero Claret. La descripción es interesante:

Tiene 30 años de edad y es un hombre verdaderamente apostólico, de gran celo y fervor. Infatigable y extraordinario. Viaja siempre a pie sin más equipaje que una camisa y medias para cambiarse. No admite regalos bajo pretexto alguno y sólo permite que se le invite a comer... La fatiga es imponderable, pues desde las cuatro de la madrugada hasta la hora de retirarse, apenas si tiene tiempo para rezar y alimentarse, yendo del confesionario al pulpito y del pulpito al confesionario.

El arzobispo de Tarragona, Etxanobe, hubo de defender en su arzobispado el buen nombre del misionero, en contra de la campaña orquestada contra él:

No sin pena me he enterado que en algunos pueblos por los que ha pasado el R. D. Antonio Claret haciendo sus habituales misiones, se han hecho correr contra este virtuoso sacerdote soeces calumnias y absurdas inculpaciones, con la intención de desacreditar no sólo su persona sino la palabra divina anunciada, y desengañar a la gente que le escucha. Aunque el público, en general, ha menospreciado unas im-

putaciones tan notoriamente falsas, como prueba la nutrida concurrencia a sus sermones en todos los pueblos, hay algunos pocos, más prevenidos o malfiados, que han prestado oído a los chismes, rechazando, por esta razón, la palabra de Dios anunciada por boca de un misionero tan celoso.

A fin de que el mal no se propague y depongan sus pretensiones los maledicentes, encarezco a Vd. que desmienta con toda eficacia tales imputaciones, asegurando con toda certeza que D. Antonio Claret no ha tomado parte en bando político... Su conducta privada es irreprochable, sus costumbres edificantes, sus obras conforme a su lenguaje de Ministro del Evangelio; su abnegación y desinterés completo, no recibiendo jamás estipendio por los sermones que predica, ni aún por el santo sacrificio de la Misa que diariamente celebra; y si alguna vez por motivos especiales se ve precisado a recibir alguna limosna por estos servicios, lo invierte inmediatamente en objetos muy laudatorios. Ni en los libritos y otros objetos piadosos que se expenden con motivo de sus misiones, tiene utilidad alguna ni ganancia temporal, pues para nada interviene en su expedición. La vida penitente, mortificada, laboriosa es de un verdadero misionero apostólico. Viaja siempre a pie sin nada para comer y con el mínimo de ropa para mudarse; lo sabe y hace público todo el mundo en Cataluña y en otras provincias... Tarragona, a 24 de octubre de 1846. Por mandato de S.S.I., el arzobispo, mi señor. Manuel de Pruciliano, Secretario.

Sus adversarios hicieron llegar las acusaciones al comandante general de Tarragona, quien ordenó detenerle, al mismo tiempo que se ponía en contacto con el arzobispo, el cual le hizo ver que había caído en una falsa trampa y el comandante general ordenó retirar la orden de captura.

Entre tanto, el misionero catalán llegó a pie a Tarragona y predicó en el convento de la Compañía de María, donde se en-

contró con la joven Antonia París, a quien ayudaría más tarde a fundar la Congregación de Religiosas de María Inmaculada, Misioneras Claretianas, en Cuba. Predicó después en Alforja, foco probable de la lucha contra Claret. El misionero predicó, a pesar de las tensiones locales, y convirtió a un famoso "carismático" de la población, que había reunido a un grupo de fieles radicales.

Claret se propuso misionar Reus, ciudad de fuerte liberalismo anticlerical y militante. Sin hacer demasiado caso a la defensa personal de Claret prometida por el comandante general de Tarragona, el arzobispo le aconsejó que pospusiera la misión para otro momento más oportuno, ante la inminente llegada a Reus de los radicales *matiners* (grupo de acción violenta a las órdenes de los carlistas contra los liberales, durante la segunda guerra carlista: 1846-1849). La persistencia de esta segunda guerra carlista estaba cerrando los pasos del misionero Claret, que tuvo que dar por terminada su cuarta campaña apostólica en la primavera de 1847. Una campaña de la que se hacía eco un periódico de Madrid:

En estos tiempos en que el egoísmo y el vicio triunfantes ofrecen a todas horas espectáculos que contristan el corazón, recobra la vida el espíritu al ver que hay todavía en el mundo hombres de bastante virtud para edificar a sus prójimos y de bastante ciencia para instruirlos... En nuestros días, en estos mismos días que corren, resuena por las montañas de Cataluña la voz de un varón apostólico a quien siguen y oyen los pueblos con religioso entusiasmo... Cataluña se ha conmovido escuchando la divina palabra de boca de un hombre de treinta y seis años, y este hombre es Antonio Claret... Mosén Claret no tiene un momento de descanso. Sus sermones duran generalmente hora y media. El confesionario lo ocupa mucha parte del día, por manera que puede asegurarse que improvisa sus discursos, y los momentos que roba al sueño,

que deben ser muchos, los consagra a escribir libros piadosos para uso del pueblo... Loor, pues, a ese eclesiástico benemérito que ha sabido adquirirse una justa celebridad, y que, como otro Vicente Ferrer, aparta a los pueblos del fango de los vicios y los instruye en la ciencia de la vida. ¡Grande es su misión; grande... social... regeneradora!

4. UN CAMBIO DE RUTA: CANARIAS (1848-1849)

Los caminos en Cataluña se iban cerrando para Claret, pero él no podía dejar de evangelizar. El agua impetuosa había de horadar, como fuera, la roca y abrir su cauce. Así fue. Claret tomó la decisión de ir a predicar a las Islas Canarias, a petición del obispo Buenaventura Codina, religioso paúl, nacido en Hostalric.

Esta decisión, como vamos a ver, comportó algunas dificultades. Antonio, en efecto, durante su peregrinaje misionero por Cataluña, llevaba entre manos dos empresas apostólicas de gran porvenir.

La primera era la fundación de la Librería Religiosa, en colaboración con el canónigo de Tarragona, D. José Caixal. Hay que recordar que Claret fue un decidido y eficaz apóstol de la prensa. Convencido de que la "gente de hoy tiene prisa y lee solamente libros de pocas páginas", escribió muchas obras y opúsculos dirigidos a toda clase de fieles: a los niños y niñas, a los jóvenes y a las jóvenes, a los esposos, a los padres de familia, a las viudas y a los seminaristas. Publicó varios catecismos. Cabe destacar el *CamíDret* (Camino recto), *best-seller* de todos los libros de piedad publicados en la España moderna. En 1866 la Librería Religiosa, según sus biógrafos, en 18 años había publicado 2.800.000 libros, 2.500.000 opúsculos, y 4.200.000 hojas. Editó una Biblia en seis volúmenes, las obras

de Santa Teresa, la Historia de la Iglesia en España de Alzog en cuatro volúmenes, y muchas otras de los mejores escritores católicos clásicos y modernos.

La segunda empresa claretiana era la Asociación de sacerdotes predicadores de misiones y ejercicios. Había llegado el momento de dar vida a una realidad apostólica más estable. Así lo pensaba José Caixal, quien se había puesto a trabajar en la empresa. Alrededor de 50 sacerdotes habían contactado ya con el misionero Claret y habían recibido las primeras instrucciones apostólicas. Muchos pensaban que había llegado el momento de llevar a término esta empresa, y así lo deseaban.

¿Qué sentido tenía, pues, que Claret pospusiera y dejara ambas instituciones a medias, para irse a predicar a las Islas Canarias? ¿Por qué este inesperado cambio de ruta?

Buenaventura Codina había sido nombrado obispo de Canarias en agosto de 1847. Antonio Claret, de paso por Manresa, predicó ejercicios a las Hermanas de la Caridad del Hospital y se quejaba a la madre superiora de que las turbulencias políticas le impidían misionar. La superiora le insinuó que fuera a predicar a Canarias. Claret le replicó:

—Estoy dispuesto a ir donde diga el vicario capitular de Vic, Casadevall.

Esto fue suficiente.

La superiora se puso en contacto con el nuevo obispo, que se había dedicado, como Claret, a las misiones populares. El contacto entre ambos misioneros fue positivo.

Mosén Claret aceptó de buen grado la invitación de Codina y con él se embarcó rumbo a Canarias el 6 de marzo de 1848. Tenía 40 años.

Caixal, el gran colaborador de la Librería Religiosa, que estaba también firmemente convencido de la fundación de la *Fraternidad de Sacerdotes Misioneros*, llevó muy a mal este cambio de ruta, tal y como refleja la correspondencia escrita entre ambos. Claret le dejaba solo. Los futuros compañeros de

misión quedaban también en una situación de espera indefinida... ¿Qué razones movieron a Claret a tomar esta inesperada decisión? ¿Era una decisión personal de proseguir la misión apostólica, a pesar de los obstáculos y la agitación política? Por parte de los superiores ¿era una salida airosa a los conflictos que, en la virulenta situación política, les planteaba el P. Claret? Fuera como fuera, el misionero catalán pasó en las Islas Afortunadas más de un año (febrero 1848 - mayo 1849) evangelizando con gran eficacia al pueblo canario, que en tono afectuoso le apellidaba "el Padrito".

5. FISONOMÍA APOSTÓLICA DE CLARET

Acabamos de describir las largas e intensas rutas apostólicas del P. Claret por los caminos de Cataluña y de Canarias. Pero, ¿cuál era su talante misionero ante el pueblo, en una situación política y social tan comprometida para él y para la Iglesia? ¿Era fácil hacer un discernimiento apostólico del momento? ¿No era necesario un tacto especial para que la palabra divina no fuera mal interpretada? Más aún, ¿no era menester tener alma de profeta y coraje de mártir?

El P. *Claret* forjó *su propio estilo misionero* en la intensa oración, en la observación del pueblo y en el análisis de los hechos sociales y políticos. Hasta sus fracasos, los obstáculos y la crítica le hicieron profundizar y afinar espiritualmente su misión evangelizadora, al modo de Cristo.

Creemos que interesará al lector conocer la fisonomía y los rasgos apostólicos que definían al misionero catalán. Lo haremos de forma breve y esquemática, siguiendo sus escritos autobiográficos y lo que dicen sus biógrafos. He aquí el diseño apostólico del misionero Claret.

Pobreza. Contra una Iglesia oficialmente rica y, por tanto, temida, perseguida, y despojada después, mosén Claret vivió pobre. Viajó siempre a pie y sin provisiones ni dinero. En una sencilla bolsa manual llevaba unos calcetines y una muda, la Biblia y el breviario, una sola sotana y un solo par de zapatos (*Aut.*, nn. 357-363).

No cobraba el estipendio de la misa ni las predicaciones, de modo que, practicando una pobreza extrema, era un signo profético del modelo sacerdotal y eclesial que convenía implantar. Desautorizaba así el afán obsesivo de dinero de los poderosos, de los ricos, de los prepotentes, de los fraudulentos. Este signo evangélico daba credibilidad a su palabra apostólica.

Enviado. Era el vicario general de Vic quien hacía la lista de las poblaciones a misionar, tarea delicada para evitar conflictos con las autoridades locales; deseaba ser enviado, sobre todo, por fidelidad al Evangelio: "Id, yo os envío..." La llegada al pueblo solía ser alborozada: el párroco y la gente salían a recibir ilusionados al famoso misionero a las afueras del pueblo, en procesión. Al llegar a la Iglesia, las primeras palabras esperadas de salutación del misionero abrían la predicación y el corazón de los oyentes. Pero no siempre fue así. En muchos pueblos y ciudades había grupos hostiles a la Iglesia que, por razones diversas, ideológicas y políticas, se oponían a toda manifestación religiosa. Por ello, el mismo Claret anota que la misión en algunos pueblos comenzaba con alguna reserva y frialdad, venía luego el despertar religioso y concluía con gran gozo espiritual de toda la población.

Apoliticismo. Lo había aprendido de su querido obispo, Pablo de Jesús Corcuera. Había de contemplar dolorosamente en muchos clérigos de Vic y de Cataluña, especialmente en el seminario vicense, las consecuencias religiosamente nefastas

del politicismo militante, tanto en las filas del tradicionalismo carlista como en las del liberalismo anticlerical. El sacerdote —él tampoco— no debía entrar en la lucha de los partidos políticos y de las facciones ideológicas, singularmente cuando la predicación apostólica bordeaba inevitablemente la política, una herida grande y en carne viva, que convenía suavizar y no envenenar. Dada la prohibición de misionar o de predicar, prescrita por el regente de España, Espartero (1840-1843), Claret lo disimulaba recurriendo a otros nombres o epígrafes: novena de ánimas, novena del santo o santa patronos de la villa, predicación cuaresmal, etc. Se propuso, desde un principio, no hablar jamás de política ni de políticos, antes bien, centrarse en los contenidos teológicos, dogmáticos y morales del Evangelio. Como Jesús, el misionero Claret iría a la raíz del bien y del mal, o sea, al corazón humano.

Predicación evangélica. Sus sermones se centraban en el Evangelio, en la doctrina de los Santos Padres y en el ejemplo de los santos y santas, cuyas vidas conocía bien. La primera parte del sermón era de carácter catequético y la segunda, de contenido moral y exhortativo. La primera, más pedagógica; la segunda, más ardiente e impactante. Los primeros días, temas suaves y atractivos; los restantes hasta el final, la conversión —según el método de los ejercicios ignacianos—, las grandes verdades eternas (muerte, juicio, infierno y gloria) propias de la Teología y de la predicación de la época, la confesión, los sacramentos, la vida eterna, la perseverancia, etc. El objetivo general de su predicación era la reconciliación de los enemigos, tan necesaria en aquella época, la fidelidad conyugal, el abandono de la bebida y de la blasfemia, la vuelta a la práctica religiosa, etc. La gente no dejaba de reconciliarse entre sí y de recobrar la paz en tiempos llenos de divisiones, odios y discordias.

Lenguaje popular. Predicaba, sobre todo, a la gente sencilla de los pueblos y con un estilo llano e inteligible, para que le entendieran incluso los menos versados.

El estilo que me propuse desde el principio fue el del santo Evangelio: sencillez y claridad. Para esto me valía de comparaciones, semejanzas, ejemplos históricos y verdaderos; los más eran tomados de la santa Escritura (Aut., n. 297).

Hablando del estilo de la predicación de su amigo Claret, escribía el filósofo de Vic, Jaime Balmes, como resumen de una entrevista:

14 de julio de 1846. Conversación con el R. Claret. En el pulpito nunca habla de teatros, ni de herejías, ni de filósofos, ni de impíos. Supone siempre la fe. Parte del principio de que en España la impiedad es hipócrita. Se ve en la necesidad de dar números por la preferencia en su confesionario. Blasfemos. Los enfermos dicen que se curan, pero él afirma que no hace otra cosa que encomendarlos a Dios; que no sabe nada extraordinario. En Viladrau, ocho meses. Estudios de medicina. Poco terror, suavidad en todo. Nunca ejemplos que den pie al ridículo. Los ejemplos, en general, de la Escritura. Hechos históricos profanos. Nunca oposiciones o cosas semejantes. Habla del infierno, pero limitándose a lo dicho en la Escritura. Lo mismo, sobre el purgatorio. No quiere desesperar ni enloquecer a la gente. Siempre hay una parte catequética.

En la lengua del pueblo. El P. Claret predicaba y escribía al pueblo en su lengua, en catalán, cuando los predicadores solían hacerlo frecuentemente en castellano. Sus comparaciones populares y gráficas, y los innumerables ejemplos de los santos, hacían inteligible y edificante su doctrina, escuchada por los

asistentes con gusto y retenida con fidelidad. Mosén Jacinto Verdaguer, el gran poeta de Cataluña, se deleitaba con el estilo de la predicación claretiana:

Desde los brazos de mi madre me enamoré de la predicación del P. Claret, predicación tan catalana y sencilla, como ardiente e hiriente. El raudal de la palabra del P. Claret es el más abundante que el cielo haya vertido en Cataluña, desde san Vicente Ferrer.

Y en otro lugar añadía:

El infatigable apóstol de Cataluña, mosén Claret, ha sido el primero, el más activo y el más popular propagandista que ha tenido la lengua catalana en esta centuria.

Palabra ardiente. La predicación del P. Claret fue siempre inflamada, vigorosa y apasionada. El símbolo que mejor le cuadraba, y del que habla con frecuencia, era el fuego, el fuego del amor a Dios y al prójimo. Sus escritos revelan esta intensa pasión por la gloria de Dios y por el bien de los hombres. Su lenguaje se asemejaba al lenguaje vivo y ardiente de los profetas de Israel, porque Claret sentía también que el fuego del Espíritu le quemaba hasta la médula de sus huesos. Su profunda experiencia espiritual, caldeada en largas horas de oración, le preparaba para impactar con su predicación. Buen comunicador, las imágenes, comparaciones y ejemplos de sus sermones producían un impacto imborrable. El pueblo, espiritualmente abandonado en aquel entonces y falto de acogida, de seguridad y de guía espiritual, le oía silencioso y conmovido. La predicación de aquel nuevo profeta les llegaba al fondo del corazón, de la conciencia y del pensamiento. El resultado se traducía en la gran cantidad de convertidos, que en el confesionario rehacían su vida atribulada, abandonada y muy alejada de Dios. Dice Claret:

La virtud más necesaria es el amor. Sí, lo digo, y lo diré mil veces: la virtud que más necesita un misionero apostólico es el amor. Debe amar a Dios, a Jesucristo, a María Santísima y a los prójimos... Hace el amor en el que predica la divina palabra como el fuego en un fusil. Si un hombre tira una bala con los dedos, bien poca mella haría; pero si esta misma bala la tira empujada con el fuego de la pólvora, mata. Así es la divina palabra. Si se dice naturalmente, bien poco hace, pero si se dice por un sacerdote lleno de fuego de caridad, de amor de Dios y del prójimo, herirá vicios, matará pecados, convertirá a los pecadores, obrará prodigios (Aut., nn. 438-439).

El fuego de la caridad en un ministro del Señor hace lo que el fuego material en la locomotora del ferrocarril y la máquina en un buque de vapor, que todo lo arrastra con la mayor facilidad... (Aut., n. 441).

El sexto medio para ser un buen misionero es tener hambre y sed de este amor... Me dirijo al Señor y le digo con todo mi corazón: ¡Oh Señor mío, Vos sois mi amor! ¡Vos sois mi honra, mi esperanza, mi refugio! ¡Vos sois mi vida, mi gloria, mi fin...! (Aut., n. 444).

¡Oh prójimo mío!, yo te quiero por mil razones. Te amo porque Dios quiere que te ame. Te amo porque Dios me lo manda. Te amo porque Dios te ama. Te amo porque eres criado por Dios a su imagen y para el cielo... (Aut., n. 448).

Aquí oigo una voz que me dice: "El hombre necesita uno que le dé a conocer cuál es su ser, que le instruya acerca de sus deberes, le dirija a la virtud, renueve su corazón; le restablezca en su dignidad y en cierto modo en sus derechos. Todo se hace por medio de la palabra. La palabra ha sido, es y será siempre la reina del mundo" (Aut., n. 449).

Signos evangélicos. Fueron muchos los enfermos y afectados por trastornos físicos o psíquicos, fruto de la época, que hallaron en la persona y en la predicación del famoso misionero catalán la liberación de sus padecimientos, fruto más de la fe, de la paz, de la tranquilidad de la conciencia purificada, que de formas mágicas que no figuraban en el espíritu realista de Claret.

Imitación de Cristo misionero. El P. Claret se propuso imitar en todo a Cristo misionero en Palestina, hasta en los detalles más insignificantes: en su costumbre de viajar siempre a pie, de vestir pobremente, de no llevar dinero, de vivir de limosna. Quiso imitar también la predicación itinerante de santos como san Pablo, san Vicente Ferrer, san Juan de Ávila, san Vicente de Paúl, san Alfonso María de Liguorio y el beato Diego de Cádiz.

Profeta discutido y perseguido. Como Jesús de Nazaret, Claret atraía al pueblo, le hablaba en forma inteligible; con fuerza, como quien tiene la autoridad moral que le viene de Dios, de su austeridad de vida y de su entrega total al pueblo. Por eso fue un profeta discutido, maltratado, blanco de varios atentados, criticado por la prensa anticlerical y perseguido por el gobierno; no sólo en Cataluña, sino también en Cuba y, sobre todo, en Madrid, como confesor real.